



DOSSIER

Jaime Vallauré
La Comunidad Sanguínea

Jaime Vallaura trabaja en el entorno de **la performance, la edición, las artes visuales y la experimentación conceptual**, actividades que combina con la enseñanza de performance. A comienzos de los 90 presenta sus primeros trabajos videográficos como *El ABC de la Performance* o *7 cuentos para la Cárcel de Carabanchel*, al tiempo que inicia su trabajo de experimentación performativa a través de proyectos que investigan los flujos de intercambio social, como *Distribución por azar caprichoso de 50.000 pesetas* o *Se venden o cambian fotos de carnet*. Desde el año 1999 junto a Rafael Lamata forma parte del dúo Los Torreznos con el que ha participado en numerosos festivales tanto a nivel nacional como internacional, como en el Pabellón Español de la 52 edición de la Bienal de Venecia o en Transperformance Río de Janeiro. En el año 2014 el CA2M presentó la muestra *Cuatrocientos setenta y tres millones trescientos cincuenta y tres mil ochocientos noventa segundos* como retrospectiva de sus catorce años de trabajo conjunto.

Desde 2011 se encuentra inmerso en un proceso de investigación creativa utilizando el dibujo como herramienta conceptual primigenia promoviendo estrategias de intervención performativa en el territorio de las galerías y espacios de arte. Fruto de ello son las muestras *La Sociedad del Carbón* (2013), *Enciclopedia Contemporánea del Azar* (2015), *Anatomía del Caos* (2017), *Cartografías del tiempo muerto* (2020) en la Galería La Caja Negra de Madrid; y proyectos escénicos, en los que reflexiona sobre el paso del tiempo y las transformaciones del cuerpo físico y el cuerpo social como en *La Mitad (una celebración)* (2016) o poniendo en crisis desde el humor las relaciones afectivas padres-hijos, como en *La inconsistencia de los hombres* (2017). Su actividad se mueve de manera pendular entre la creación colectiva y el pensamiento unipersonal.











LA COMUNIDAD SANGUÍNEA
ISIDORO VALCÁRCEL MEDINA
27 abril 2023

¿Cómo es la tierra?
¿Cómo es el cielo?
Pero, más que nada ¿cómo es el aire? Porque el aire impera.

El horizonte —todos lo que aparecen— es rotundo, pero su frecuente sombra no puede con lo sólido. Si acaso, aunque realmente extraño, vence más fácilmente a la contundencia de lo edificado que a la fragilidad de las ramas.

Pero sacar ninguna conclusión de estas imágenes parece delirante... y más que ellas mismas. A veces, la tierra pasa por encima porque el pintor lo ha querido así, pero luego resulta que es mentira, es el aire el que se come lo sólido, ya sea fijo o móvil.

¿Qué pasaría si el contemplar de estas pinturas no dispusiera de la información sobre el transcurrir de los años? ¿se aprecia ese transcurrir? ¿sabe quien las contempla que la obra pictórica es, por fuerza, resultado de su propia edad? Y más aún, ¿por qué cuando se aprecian estilos o temas coincidentes en un mismo periodo nos acostumbramos y lo tomamos como natural y lógico?

El espacio, el lugar, el tema y la memoria de los autores se mantienen tranquilos y conformes en su armonía. He ahí un misterio.

¿Es que hay tendencias por épocas o años? A veces asusta la coincidencia que no parece sencilla, y el contemplador acude a razones que no domina ni controla... ¿es que es el arte contagioso?

* * *

¿La madre naturaleza condicionada por el arte o completamente independiente de él?
A veces los frutos se liberan de su raíz, aunque no escapan, pero entonces ¿qué hace el pintor, les sigue la corriente, los menosprecia por huir del arte? No queda claro, porque hay plantas partidas en dos y la derrota del pintor es muchas veces lastimosa; pero eso ocurre porque ha imaginado su independencia, aunque su autonomía solo reside en la idea y la idea solo se manifiesta en el acto creativo, no en el resultado estético.

* * *

En estos cuadros es el color el que hace el dibujo. Generalmente, el color queda supeditado al trenzado dibujístico como un complemento, a veces aclaratorio.

Otra cosa resulta cuando las tonalidades son lo que podría decirse autónomas, dependientes de si mismas o, más bien, capaces de la expresividad sobre la sola base de su mensaje.

Ser siempre el mismo paisaje, se mire como se mire, se pinte como se pinte. Conservar, a la vez, la autoría; o sea, ser siempre el mismo pintor. Vemos la obra como el fruto de una mano... y nos sobrecogemos al saber que son cuatro manos las que manejan los pinceles a la vez. Salir de la ignorancia para caer en la sorpresa..., y salir de ésta para admitir un nuevo método, tal vez el de una comunidad, sea o no sanguínea.

* * *

La casa, esa casa tan visible y tan identificable termina por ser la protagonista.
Sí, es cierto que lo natural ocupa más espacio, pero es lo humano lo que manda los sentimientos. Constructivamente no se llega a precisar su estructura, pero el hálito se respira incluso en estas vistas de fachada.

Para quien no conoce el lugar ni sus circunstancias, este edificio, plantado entre lo natural, es la constancia de la habitabilidad, aunque se halle en medio de lo espontáneo. De modo que el recurso plástico a su presencia forma parte del sabio lenguaje de los autores de las imágenes pictóricas.

En resumen, tomar lo transitorio por el prototipo de lo permanente. Hacer creer al contemplador que el manejo de la pintura –en este caso– dicta la norma de convivencia.

* * *

Algunas veces el horizonte parte de la realidad; con frecuencia lo de arriba y lo de abajo no es que se confundan, sino que son autónomos, es decir, no sirven para lo que es su misión específica; más bien parece un pegamento voluntarioso para unir los dos ámbitos. Esta naturaleza aquí expresada o versionada relaja el ánimo y enchufa la sensibilidad adormecida. Quiere decirse que las obras son de carácter sentimental. Los árboles nos hacen aflorar cariño y los terrenos tan difusos a veces, nos incitan a la apropiación. Hay ocasiones en las que los frutos salen no de sus ramas, sino de su función meramente placentera para angustiar la confianza en la visión del observador.

Sin embargo, en estas obras hay, por lo general, un elemento protagonista que son los fondos; cuanto más extenso es el fondo, más concluyente es la forma, si así puede expresarse, o, de otro modo: a mayor fondo, mejor forma.

* * *

Como es natural, hay piezas más imperiosas que otras, pero la conclusión es que sería oportuno detenerse ante cada una.

¿Quiere eso decir que no hay una sensibilidad uniforme? Más bien, significa que el espíritu de la exposición –una exposición comunitaria, después de todo– está en su caminar por el tiempo, como queda patente en esa cuerda que marca, sí el tiempo, pero a la vez, el espacio.

Al fin y al cabo, lo importante es no ser capaces de elegir una u otra obra. Porque ya no es una cuestión de gusto, sino de la realidad de que esta comunidad parece unitaria.

Pintar en grupo, pero pintar a mano; quiere decirse no pintar mecánicamente. Elegir el tema o motivo de la imagen, pero guiarse por el sentido expresivo. Ser consciente y responsable de la encomienda por las imágenes y por su sentido, tanto vital como estético. Mantener el significado del momento como un dato aplicable al sentido de cada obra.

* * *

El delirio de las obras, resumen del final de la carrera, llenas de aire pero sin cielo; atadas a la tierra, pero flotantes, ¿es que se escaparon o liberaron del dictamen general?

La esperanza queda en pensar o sentir que, permaneciendo en su "salsa", significan el postulado final de esta naturaleza de caballete, directa, crítica y sobre todo personal.

Por expresar una desazón irreflexiva, el contemplador piensa o desemboca en la fotografía y se estremece a pensar que estas imágenes son fotográficas y aquí quien esto dice ahora confía en la buena fe de los autores; lo que se pretende expresar es que su "realismo" supera al fotográfico, pero no tiene porque aspirar a su quietud, sino que altera el medio sin deformarlo.

El final de este recorrido de siete años es testimonial en tanto cuanto desvela y certifica la claridad del mensaje artístico en la medida en que descubre su directa espontaneidad a vez que su laboriosa toma de conciencia.